

Cuauhtémoc Cárdenas

Se hace camino al andar

Farid Barquet Climent

Figura central de la política mexicana, en su reciente autobiografía, Sobre mis pasos, Cuauhtémoc Cárdenas registra una decidida vocación por la democracia, la ética y la transparencia. Farid Barquet Climent destaca la trascendencia histórica y moral del libro de Cárdenas, al tiempo que reflexiona sobre su importancia para comprender los hechos que han determinado nuestra vida política.

A la memoria de Rafael Cordera Campos, Fallo

*Soy incapaz de volver sobre mis pasos.
Rafael Pérez Gay, No estamos para nadie*

Veintidós años después de que su irrupción en la arena electoral sacudiera los cimientos del régimen de partido hegemónico en los comicios presidenciales de 1988 y tras diez años de no participar tan activamente en la política partidista, Cuauhtémoc Cárdenas, con setenta y seis años de edad, saca a la luz sus memorias políticas.

Sobre mis pasos es el título de este libro que, en tanto relato en primera persona de lo que ha sido su vida política, ofrece la oportunidad de revisar la historia de la segunda mitad del siglo XX mexicano con un énfasis en los últimos veinticinco años, periodo en el que el autor ha sido impulsor y protagonista innegable de aquello que José Woldenberg y otros¹ han denominado como “la me-

cánica del cambio político”, caracterizada por el reconocimiento de la pluralidad, la apertura democrática, la competencia efectiva entre partidos con presencia nacional, la alternancia en los gobiernos y la aparición de congresos sin mayorías avasallantes, todo lo cual era impensable ya bien entrado el segundo lustro de la década de los ochenta.

Sin decir una verdad de Perogrullo, *Sobre mis pasos* es un libro de autor: el tono monocorde de su prosa, la parquedad en los detalles y la ausencia de sobresaltos narrativos reflejan el talante sosegado y el temple personal que mostró Cuauhtémoc Cárdenas en innumerables discursos, entrevistas e intervenciones públicas en sus tiempos de candidato, dirigente partidista, gobernador y jefe de gobierno.

Seguramente el libro dejará insatisfechos a aquellos que suelen acudir a los libros de memorias en busca de revelaciones escandalosas o infidencias controversiales. *Sobre mis pasos* está escrito desde una ecuanimidad que no sólo parece la expresión involuntaria de una forma de ser sino también la consecuencia del cálculo de-

¹ Ricardo Becerra, Pedro Salazar y José Woldenberg, *La mecánica del cambio político en México. Elecciones, partidos y reformas*, Cal y Arena, México, 2000.

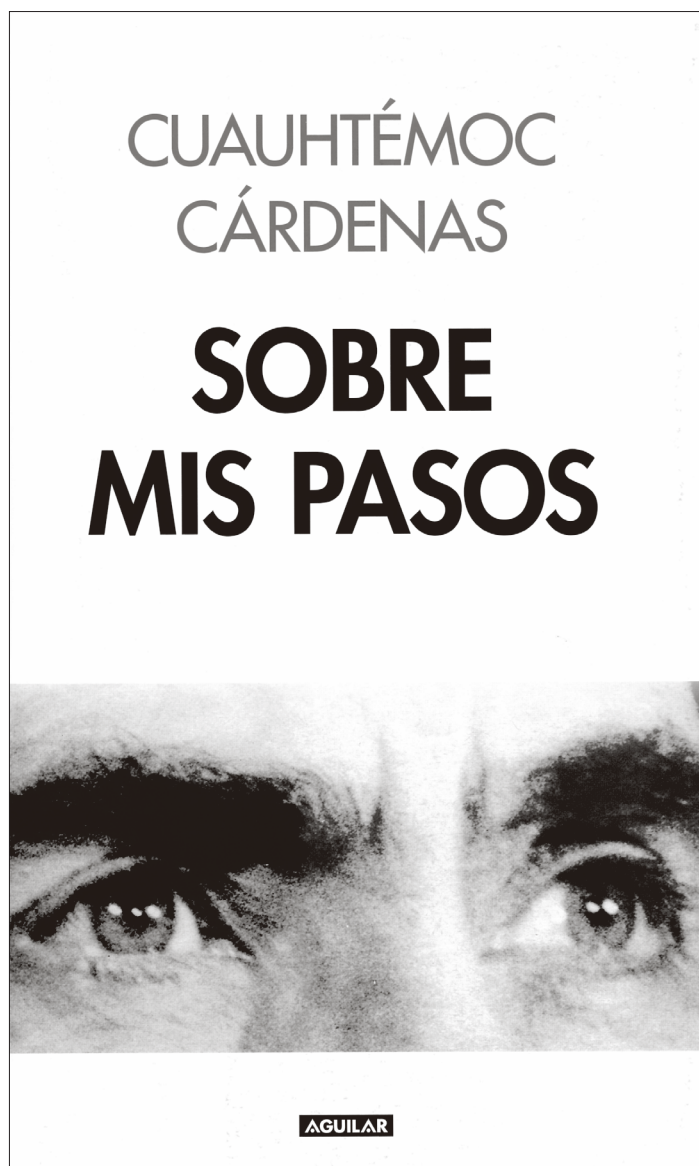
liberado de su autor, consciente de que todo el que se prodiga en censurar la conducta de sus adversarios políticos o de quienes en algún momento fueron sus coreligionarios o compañeros de ruta y después dejaron de serlo, se coloca a sí mismo en la obligación correlativa de ser igualmente profuso en la mención y justificación de los errores y faltas propios o de sus cercanos.

En este aspecto, las memorias de Cuauhtémoc Cárdenas se asemejan a las notas que a modo de diario redactara su padre durante casi seis décadas y que la UNAM publicó dos años después de la muerte del general gracias a la labor de compilación y ordenación que llevó a cabo Cuauhtémoc.²

En el prefacio de la obra que en cuatro tomos reunió aquellas notas de Lázaro Cárdenas del Río, Gastón García Cantú advierte que en las mismas:

no hay confidencias [...] No hay en sus páginas hipérbole alguna [...] no reflejan ni piedad de sí mismo ni en-

² Lázaro Cárdenas, *Obras*, UNAM, cuatro tomos, tercera edición, México, 1986.



greimiento. Su preocupación dominante parece haber sido la de dejar constancia de los hechos.³

Y lo mismo puede decirse de *Sobre mis pasos*.

Con lo anterior no quiero decir que las memorias de quien fuera tres veces candidato a la presidencia carezcan absolutamente de valoraciones personales o que en ellas el autor no comprometa opiniones ni juicios, pues hay pasajes del libro en los que el señalamiento es implacable. Así se desprende de la manera como aborda la elección del 6 de julio de 1988, episodio sobre el cual Cuauhtémoc Cárdenas reafirma la existencia de un fraude, ofrece evidencia que lo respalda y denuncia tanto a los responsables principales como a sus esbirros. Dice Cárdenas:

lo que De la Madrid confiesa a fin de cuentas en su libro⁴ es que no se contaron los votos de 25,000 casillas, 45.5% del total, o que se contaron pero no se hicieron oficiales (...) Esta es, sin duda, la más clara confesión de Miguel de la Madrid de cómo se robó a los mexicanos y al país la elección federal de 1988. Más allá de explicaciones y deslindes hechos o que vayan a hacerse, contó con la complicidad de su secretario de Gobernación y presidente de la Comisión Federal Electoral Manuel Bartlett, de José Newmann Valenzuela, de Óscar de Lasso y otros más...⁵

La tesis de Cárdenas sobre el '88 se encarga de confirmarla el propio de la Madrid en la entrevista que concedió a la periodista Martha Anaya,⁶ en la que no sólo reconoce la derrota —“habíamos perdido”,⁷ dice— sino que llega al extremo de jactarse de la mentira y la ilegalidad de su actuar. A la pregunta sobre qué le significa el estigma de haber orquestado el fraude, De la Madrid responde: “...es penoso, pero hubiera sido peor perder”,⁸ en relación con el ardid que urdió para obstaculizar el triunfo de la oposición cardenista confiesa: “...estoy convencido de que hice bien en no dejarlos llegar”,⁹ y en un alarde del mejor espíritu democrático exclama: “...la eficacia es el valor supremo de la política”. Habría que recordarle a De la Madrid las palabras de José Woldenberg: “los medios nunca son anodinos. Modelan a los fines y a quienes los utilizan”.¹⁰

³ Gastón García Cantú, “Prefacio” en Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, tomo I, *I-Apuntes 1913-1940*, UNAM, tercera edición, México, 1986, p. V.

⁴ Miguel de la Madrid Hurtado, *Cambio de rumbo. Testimonio de una presidencia: 1982-1988*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

⁵ Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, Aguilar, México, 2010, pp. 249-250.

⁶ Martha Anaya, 1988: *El año que calló el sistema*, Debate, México, 2008.

⁷ *Ibidem*, p. 135.

⁸ *Ibidem*, p. 136.

⁹ *Ibidem*, p. 137.

¹⁰ José Woldenberg, *El desencanto*, Cal y Arena, México, 2009.

En cuanto a Carlos Salinas, su adversario político por antonomasia, Cárdenas hace un recuento de la escuela de persecución y muerte que en el sexenio salinista se desató contra militantes del PRD:

Durante su administración se produjeron 3 asesinatos de miembros del PRD en 1988, 34 en 1989, 74 en 1990, 26 en 1991, 54 en 1992, 67 en 1993 y 12 en 1994, hasta el 14 de mayo, además de 9 desaparecidos y decenas de heridos, golpeados y detenidos arbitrariamente.¹¹

Mejor hubiera sido que Salinas a sus opositores ni los viera ni los oyera, tal como pregonaba. Lo que no fue ni visto ni escuchado fue, en cambio, el reclamo de justicia: la omisión gubernamental de investigar los hechos y sancionar a los responsables tendió sobre todos esos casos una densa sombra de impunidad que persiste al día de hoy.

LA ENTREVISTA CON SALINAS

Un episodio cuyo abordaje en el libro era muy esperado por quienes hemos dado seguimiento a la trayectoria de Cuauhtémoc Cárdenas es el de su entrevista con Carlos Salinas el 29 de julio de 1988, veintitrés días después de la votación. Ese encuentro ha sido calificado por personajes cercanos en aquel tiempo a Cárdenas como un acto inocente, de ingenuidad política, que se tradujo en un franco despropósito para los afanes democratizadores del movimiento que se desplegó en torno a su candidatura.

En opinión de Porfirio Muñoz Ledo, al entrevistarse con Salinas el candidato de la oposición cometió un error “inmenso” por no reivindicar para sí la presidencia de la República y, en cambio, reclamar que se limpiaran las elecciones “en el momento mismo en que las estaban ensuciando”,¹² además de no haber tomado en cuenta que

no se habla con el que tomaría el poder (Salinas), se habla con el que lo tiene (De la Madrid). Tú te enfrentas con el que tiene la responsabilidad, el que tiene el mando del país, el otro no puede hacer nada hasta que tome posesión..., si llega a tomarla. El otro está en suspenso y hará todo por llegar; en cambio, quien tiene el poder debe medirlo: si le da posesión al sucesor que escogió o si la compone.¹³

Además de reprocharle a Cárdenas el haber ocultado durante más de una década la conversación con Salinas, Muñoz Ledo sostiene que dicha entrevista entrampó in-



Cuauhtémoc Cárdenas con su padre, 1957

directamente la posibilidad de formar un bloque común de la oposición días después de la elección de 1988 para entablar negociaciones con el gobierno a fin de encontrar una salida a una crisis constitucional, toda vez que éste tenía noticia de la entrevista mientras que los negociadores del Frente Democrático Nacional y del PAN no, lo cual supuso una asimetría de información que terminó por favorecer al oficialismo.¹⁴

Si bien son conocidas las respuestas que Cárdenas dio a las preguntas de Martha Anaya sobre aquel episodio, en *Sobre mis pasos* describe escuetamente la forma en que se dio el encuentro, confirma en parte el contenido que Muñoz Ledo le atribuye a la conversación y fija su posición sobre la misma:

Salinas y yo expusimos nuestras visiones de las campañas que habíamos realizado, yo hice referencia al fraude electoral y a la necesidad de limpiar la elección. A lo largo de la conversación, que debe haberse prolongado por alrededor de hora y media, recurrentemente me preguntaba (Salinas) qué quería, a lo que todas las veces que hizo esa pregunta respondí que lo único que quería era que se limpiara la elección.¹⁵

Sobre las razones que lo llevaron a aceptar la invitación a reunirse con Salinas, Cárdenas sostiene lo siguiente: “Siempre he considerado útil dialogar aun con quien pudiera considerar el más acérrimo adversario”. No obstante, reconoce que fue “escéptico”¹⁶ sobre los resultados

¹¹ Cuauhtémoc Cárdenas, *op. cit.*, p. 309.

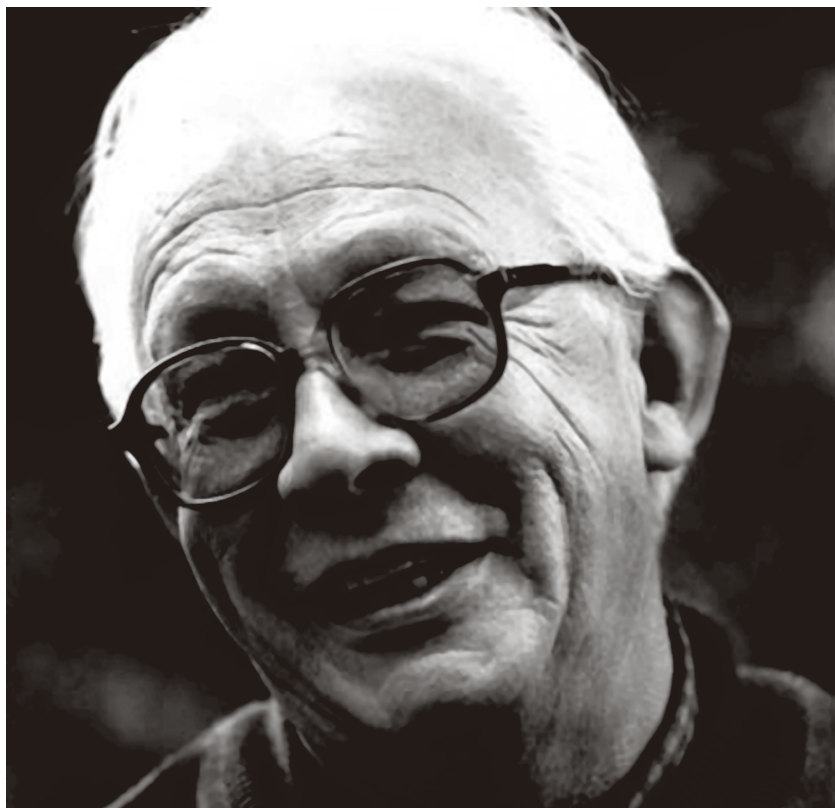
¹² *Ibidem*, p. 193.

¹³ Martha Anaya, *op. cit.*, p. 193.

¹⁴ *Ibidem*, p. 195.

¹⁵ Cuauhtémoc Cárdenas, *op. cit.*, p. 261.

¹⁶ *Idem*.



Heberto Castillo

LOS INICIOS Y EL '68

Cuauhtémoc Cárdenas ubica su despertar político en 1952, año en que ingresó a la Facultad de Ingeniería de la UNAM y año también de comicios presidenciales para elegir a quien habría de relevar en el cargo a Miguel Alemán Valdés. Si bien afirma que en la facultad no se vivía la efervescencia política de otras escuelas y que además él no contaba aún con la edad necesaria para tener derechos políticos, dice haber tenido simpatía por la candidatura del general Miguel Henríquez Guzmán, aunque manifiesta nunca haber participado activamente en apoyo a su postulación por la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano.

Cuando Cárdenas contaba con treinta y cuatro años de edad emerge la movilización estudiantil de 1968, de cuyo inicio el 26 de julio dice haber tenido noticia por recortes de prensa que le fueron enviados a Europa, donde se encontraba participando en congresos y de visita en instalaciones siderúrgicas. El trágico y condenable desenlace del movimiento, en cambio, sí lo vivió en la Ciudad de México, y narra las primeras reacciones de su padre al enterarse de los testimonios de personas cercanas que estuvieron presentes en la concentración de Tlatelolco.

A más de cuarenta años de distancia, Cárdenas, en su evocación de aquellos días, identifica en el movimiento estudiantil y en la actitud paranoica del gobierno que desembocó en la represión criminal, el punto de quiebre de la legitimidad del Estado posrevolucionario. En sus apuntes personales de aquellos días consignó:

... recurrir a las fuerzas armadas para hacer frente a las demandas populares [...] previamente calificadas desde luego [por el gobierno] de comunistas, antinacionales, etcétera, [demuestra] que no existen otras fuerzas de "apoyo" para el gobierno, capaces de ser movilizadas en los casos de apuro. Es decir, se han cerrado los cauces democráticos (los pocos que aún quedaban abiertos) [y] el gobierno se ha buscado un desprestigio ante el pueblo e internacionalmente como nunca pensó tenerlo....¹⁸

Sobre los hechos del 2 de octubre, Cárdenas responsabiliza en primer lugar a Gustavo Díaz Ordaz, pero afirma que "no fue el responsable único":

Hubo otros funcionarios militares y civiles, a cuyos nombres parece haberse puesto un velo encima, sobre los que no se han descargado responsabilidades específicas [...] funcionarios del Estado Mayor Presidencial, de las Secretarías de Gobernación y de la Defensa Nacional, de la Dirección Federal de Seguridad, del Departamento del Dis-

que podría traer aquella reunión así como de que se aceptara su propuesta de celebrar reuniones (que nunca se concretaron) para elaborar un muestreo estadístico que fuera representativo del total de votos emitidos. Finalmente, termina por admitir: "Salinas lo último que en realidad quería era limpiar la elección".¹⁷

De lo dicho por Cárdenas saltan de inmediato algunas preguntas: ¿Acaso no era previsible que Salinas jamás se prestaría a la posibilidad de abrir los paquetes electorales o a una revisión de los resultados aunque fuera a través de métodos estadísticos? ¿Parecía factible que el gobierno de De la Madrid, después de instrumentar una elección de Estado, tuviera la disposición de limpiar la elección y con ello no sólo perder el poder para su partido sino evidenciar una maquinación delictiva orquestada desde el gobierno? ¿No resultaba evidente que se trataba de una celada para acercar a Cárdenas con el candidato oficial y, en consecuencia, utilizar esa conversación a conveniencia del gobierno para mostrar que, mientras en la plaza pública el candidato opositor denunciaba un fraude, en privado buscaba negociar con quienes lo instrumentaron? ¿Se podía confiar en la palabra de Salinas cuando éste y el aparato que lo respaldaba habían violado flagrantemente la ley? Si Salinas había incumplido la ley, ¿qué incentivos tendría para honrar su propia palabra, no sólo sobre lo que eventualmente se acordara en la reunión, sino sobre el secreto en que debería mantenerse la misma?

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ Cuauhtémoc Cárdenas, *op. cit.*, p. 85.

trito Federal, de las Procuradurías de la República y del Distrito, del Poder Judicial.¹⁹

Al recuento que hace Cárdenas de los responsables, habrá que añadir la cuota de vergüenza que correspondió a aquellos que, como los entonces diputados Luis M. Farías²⁰ y Octavio Hernández,²¹ llevaron el servilismo a grados de paroxismo al encomiar el atropello de la Constitución —tanto por la violación continuada de garantías individuales como por la intromisión indebida en la autonomía universitaria—,²² elogiar la represión y hacer la apología de los homicidas.

A propósito del '68, Cárdenas recuerda el papel activo que desempeñó —y la persecución que en consecuencia sufrió— Heberto Castillo. Cuenta las peripecias que Heberto vivió para no ser aprehendido en Ciudad Universitaria, la manera como logró salir de ella sin ser detenido y la ayuda que prestaron el general Lázaro Cárdenas y su secretaria, Elena Vázquez Gómez, para que Heberto pudiera guarecerse.

Sobre la figura de Heberto Castillo, Juan Villoro recuerda que además de ingeniero, inventor, profesor universitario y líder político, Heberto quiso también incursionar en la literatura a través de cuentos cuyas tramas provenían de sus vivencias durante la época en que ejerció la ingeniería. Tal como muestra el testimonio de Villoro sobre la trama de uno de esos cuentos, el acercamiento de Heberto a la literatura tendría, irremediablemente, un cariz político y social:

Heberto visitó un pueblo sumido en el polvo, donde iba a encabezar una obra. Una mujer salió de una choza y le preguntó si quería lavarse las manos o prefería que le preparara un té. “Las dos cosas”, dijo el Ingeniero. “Es que sólo tengo una taza de agua”, respondió la mujer. Lo estremeceador no era sólo la pobreza de la mujer, sino que disponiendo de una taza de agua decidiera dársela a un desconocido. La anécdota justificaba la vida política de Heberto.²³

LOS AÑOS CON EL GENERAL

Recuerdo que en los años en que Cuauhtémoc Cárdenas era vilipendiado por grupos y personas afines al PRI-

gobierno, una de las diatribas predilectas era calificarlo como un sujeto sin mérito propio que, usufructuario de su linaje, se había esculpido una trayectoria pública gracias a la influencia de su padre.

Si bien el tiempo se encargaría de mostrar la equivocación dolosa que subyacía a aquellos señalamientos (toda vez que Cuauhtémoc contendió por primera vez por la presidencia dieciocho años después de la muerte del general y nueve más tarde se convirtió en el primer gobernante de la capital electo por los ciudadanos), en *Sobre mis pasos* Cuauhtémoc Cárdenas no disimula el dato de ser hijo de quien es, consigna con tono descriptivo las oportunidades que le abrió, las experiencias que no podrían replicarse en casi ningún otro joven de su tiempo —entre otras, conocer personalmente a personajes como Jacobo Árbenz o Haile Selassie— y el impulso que el general Lázaro Cárdenas dio a su carrera en los primeros años de ejercicio profesional, como el haber trabajado en la Comisión del Río Balsas y su nom-

adolfo gilly el cardenismo una utopía mexicana



¹⁹ *Ibidem*, pp. 93-94.

²⁰ Carlos Monsiváis, *El 68. La tradición de la resistencia*, Era, México, 2008.

²¹ Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, Era, México, 1998.

²² Sobre la evolución del concepto constitucional de *autonomía universitaria* y su garantía jurisdiccional, véase José Ramón Cossío Díaz, “Autonomía y Constitución” en *Revista de la Universidad de México*, número 84, febrero de 2011, pp. 65-68.

²³ Juan Villoro, “Las hojas blancas” en *Proceso*, Edición de 30 aniversario, octubre-diciembre de 2006, pp. 266-267.



Lázaro y Cuauhtémoc Cárdenas, Presa Mocúzari, Sinaloa, 1966

bramamiento de subdirector de la Siderúrgica Las Truchas, creada por el gobierno en 1969, cuyo Consejo de Administración encabezaba el general.

Un año después de la muerte del general vino un episodio que Cárdenas narra en el libro y que da cuenta, como pocos, de la megalomanía de Luis Echeverría. Ocurrió el 19 de octubre de 1971, fecha en que se cumplieron tanto el primer aniversario del fallecimiento de Lázaro Cárdenas del Río como el vigésimo sexto de la muerte de Plutarco Elías Calles.

Esa coincidencia le pareció a Echeverría que constituía una oportunidad para reunir a las familias de ambos en un acto público para rendir honores simultáneos a los dos ex presidentes. El acto se llevó a cabo en el Monumento a la Revolución y en el discurso del funcionario que habló en representación del gobierno, Echeverría hizo decir que el hecho de que Calles y Cárdenas hubieran fallecido en la misma fecha con un cuarto de siglo de distancia, había marcado el fin de las diferencias políticas entre los dos. La declaración fue aplaudida prolongadamente y de pie por el Presidente y por los miembros del presidium, no así por la familia Cárdenas y sus allegados.

Echeverría pretendía que un hecho producto de la casualidad, tan azaroso y ajeno a las voluntades como puede ser la fecha en que mueren dos personas, fuera interpretado como la demostración de que su gobierno representaba la superación de los antagonismos que se gestaron al interior del régimen surgido de la Revolución, como si su administración fuera la síntesis virtuosa en la que se amalgamaban los timbres de orgullo de los distintos gobiernos posrevolucionarios. Se trató de una evidencia contundente de que el ego es la disparidad exis-

tente entre una realidad sin más y la fantasía desaforada y frenética.²⁴

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA Y EL EXILIO

Cuauhtémoc Cárdenas aborda su relación con los republicanos españoles exiliados en México a propósito de otro episodio en el que el gobierno mexicano, ahora durante el sexenio de José López Portillo, acusó una actitud insensible.

Cárdenas recuerda que el gobierno de México decidió anunciar la cancelación de las relaciones diplomáticas con el Gobierno de la República española precisamente el 18 de marzo de 1977, día en que se conmemoró el 39 aniversario de la Expropiación Petrolera decretada por el presidente Lázaro Cárdenas, en cuyo mandato se dio acogida en suelo mexicano a miles de españoles que salieron de su país por la persecución desatada por el traidor Francisco Franco.

Así las cosas, mientras por la mañana de aquel día López Portillo develaba una escultura de Lázaro Cárdenas en la Tierra Caliente de Guerrero, por la tarde anunciaba como condición de posibilidad de la reanudación de las relaciones con el Estado Español —que estaba próximo a estrenar, el año siguiente, su nueva constitución democrática— el fin de las que sostenía con el gobierno de la República en el exilio. En opinión de Cárdenas, el gobierno mexicano hizo coincidir, de manera deliberada y con nula fortuna, la conmemoración con el anuncio, lo cual le dio motivo a Cárdenas para enviar un nuevo mensaje de simpatía y solidaridad con el exilio español:

Para los republicanos españoles que con lealtad han mantenido viva la llama de su ideal, primero luchando contra la intervención nazifascista en España, y más tarde reuniendo en México a las Cortes y constituyendo aquí su gobierno en el exilio,²⁵ y para los mexicanos que compartimos su ideal, la cancelación de las relaciones²⁶ nos representa un paso doloroso [...] Hemos conocido a los republicanos españoles en esta tierra nuestra, como hombres que vinieron a entregarse a servirla sin reservas, luchando aquí por las causas que creyeron justas, respetando y cuidando siempre a la nación que los acogiera e integrara.²⁷

²⁴ Heriberto Yépez, *La increíble hazaña de ser mexicano*, Temas de Hoy, México, 2010.

²⁵ Sobre el gobierno de la República Española en el exilio, véase Juan Bautista Climent, *El pacto para restaurar la República Española*, Ediciones América, México, 1944.

²⁶ Si bien el anuncio se hizo en marzo, las relaciones llegaron a su fin formalmente en el mes de junio de 1977. Véase Fernando Serrano Migallón, *La inteligencia peregrina. Legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, El Colegio de México, 2009, p. 100.

²⁷ Cuauhtémoc Cárdenas, *op. cit.*, pp. 144-145.

Cuauhtémoc Cárdenas vuelve al tema del exilio español en México al recordar que en octubre de 2005 tuvieron lugar en Madrid las jornadas de homenaje a Lázaro Cárdenas por haber abierto las puertas de nuestro país a la emigración española provocada por la guerra civil.

En el acto de homenaje que se llevó a cabo en la Universidad Complutense, Cuauhtémoc Cárdenas Batel (“Cuate”) hizo uso de la palabra en nombre de Amalia Solórzano, viuda del general, y de la familia Cárdenas. En su intervención, “Cuate” destacó el contraste entre la generosidad mostrada por el pueblo y el gobierno mexicanos en víspera de la Segunda Guerra Mundial y la miopía interesada y mezquina de la comunidad internacional, que terminó por precipitar a Europa al peor abismo de su historia.²⁸ En *Sobre mis pasos*, su padre transcribe fragmentos de aquel discurso:

“Honrar hoy a Lázaro Cárdenas es recordar la solidaridad que todo un pueblo, el mexicano, brindó a la España en desgracia. El México de entonces, que vivía grandes transformaciones sociales, supo entender como nadie la gravedad de la Guerra Civil española pero se quedó solo en advertir las consecuencias que ésta traería para el mundo... Ningún gobierno atendió las advertencias que hizo México en la Sociedad de Naciones. [...] España sirvió de laboratorio para gobiernos y ejércitos extranjeros que pretendían desde entonces conquistar nuevas zonas de influencia. Allí se inició una cuenta que se elevó a más de 50 millones de muertos al término de la Segunda Guerra Mundial”.²⁹

EL PRD

Cárdenas relata la manera en que los grupos variopintos que se aglutinaron en torno a su liderazgo —unos provenientes del nacionalismo revolucionario del PRI, otros de partidos satelitales al gobierno pero con registro legal, algunos sindicalistas universitarios, líderes estudiantiles de antes y de entonces, militantes de las izquierdas, forjadores de organizaciones civiles y un largo etcétera— se vieron en la necesidad y en la obligación, por una parte, de asimilar y procesar el revés que ilegalmente les propinó la imposición de Carlos Salinas en la presidencia, y por otra, de pensar el futuro y proyectar las acciones que sirvieran para que el impulso democratizador, que tuvo su cima el 6 de julio de 1988, no se difuminara y adquiriera un nuevo cauce.

El resultado de aquellas deliberaciones fue la formación no de una federación de partidos sino de un nue-

vo partido: el Partido de la Revolución Democrática. Sin la participación de tres de los cuatro partidos que lo postularon en 1988 (PARM, PPS y PFCRN) y gracias al registro que cedió el Partido Mexicano Socialista (PMS), se convino la redacción de un documento —cuya elaboración quedó a cargo de Adolfo Gilly— que serviría para hacer un llamado nacional a la formación del PRD.

Resulta interesante leer aquel llamamiento el día de hoy, no sólo para recordar su elocuencia y su fuerza persuasiva para articular un movimiento de largo aliento y alcance nacional, sino como oportunidad para hacer un recuento crítico de la historia de más de dos décadas de ese partido, que en el presente se ve atravesado por corrientes internas que se diferencian, más que por abandonar ideas contrastantes, por los liderazgos personales que las encabezan y que ponen en peligro la unidad partidista; mermado en su autoridad para denunciar irregularidades en elecciones constitucionales cuando aquéllas abundan en sus comicios internos; inmerso en la difícil tarea de armonizar la eficacia electoral y el apego a los principios fundadores y a las ideas motoras; atrapado entre dos abismos: el pragmatismo elemental y la inmovilidad a que conducen las convicciones obtusas; erosionado en su imagen por el desgaste que ha traído consigo el ejercicio del gobierno en la capital del país y en varias entidades por casi tres lustros; dividido entre quienes aceptan aliarse con los que hace menos de cinco años eran tildados de delincuentes electorales, y aquellos que, no sin excesos perjudiciales para el partido, han apostado por la movilización social como eje articulador de la acción política.



En el Zócalo de la Ciudad de México, junio de 1988

²⁸ Juan José Bremer, *Tiempos de guerra y paz. Los pilares de la democracia: de Westfalia a San Francisco*, Taurus, México, 2010.

²⁹ Cuauhtémoc Cárdenas, *op. cit.*, p. 543.

A finales de 1994 y principios de 1995, como propuesta para revertir la crítica situación económica y social que produjo el *error de diciembre*, Cárdenas propuso públicamente un paquete de medidas que debían adoptarse de inmediato en el plano económico, como la renegociación de la deuda externa, el decreto de aumentos salariales de emergencia, el establecimiento de controles de precios, entre otras.

Asimismo, en el terreno político planteó la necesidad de formar un “gobierno de salvación nacional”³⁰ encabezado por Zedillo, previa remoción de todo su gabinete, el cual debía ser sustituido por miembros de otras expresiones políticas en el entendido de que los responsables de la crisis —el “gobierno PRI-PAN”—³¹ no podían ser los artífices de la recuperación. Urgía a Zedillo reconfigurar su equipo de colaboradores o, de lo contrario, a que presentara su dimisión y en consecuencia se pusiera en funcionamiento el dispositivo constitucional para la designación de un presidente interino que convocara a nuevas elecciones.

El haber planteado la formación de aquel gobierno de salvación nacional, en opinión de Cárdenas, trajo consigo el surgimiento de opiniones encontradas al interior del PRD que terminarían por configurar dos blo-

ques claramente diferenciados sobre cómo afrontar la emergencia económica, la relación con el gobierno y por dónde avanzar hacia el desmantelamiento de la hegemonía del PRI. Dicho en sus propias palabras:

A la propuesta de un gobierno de salvación nacional opuso Porfirio [Muñoz Ledo] la propuesta de una transición pactada, lo que llevó a una discusión de meses en el partido y, en los hechos, a una división de éste en función de una y otra propuesta.³²

Acto seguido y en atención a las divisiones que para su partido supuso aquel escenario, Cárdenas afirma:

Viendo retrospectivamente, quizás hoy se tendría un mejor partido y un mejor país si desde entonces cada fracción, con sus diferentes puntos de vista, hubiera tomado su propio camino.³³

Lo cierto es que en la disyuntiva entre “gobierno de salvación nacional” y “transición pactada”, la que terminó por imponerse fue esta última, no sólo en el PRD sino también en el plano nacional. La reforma electoral de 1996, que supuso también la reforma política en el Distrito Federal, fue el resultado de los acuerdos entre el gobierno, el PRI y los partidos de oposición. Gracias a esas reformas fue posible dotar de autonomía al Insti-

³⁰ *Ibidem*, p. 420.

³¹ *Idem*.

³² *Ibidem*, p. 421.

³³ *Idem*.



En Ciudad Universitaria, junio de 1988

tuto Federal Electoral (IFE); otorgar recursos equitativos a las distintas fuerzas políticas para competir por cargos de elección popular; establecer un mecanismo judicial para resolver diferencias relacionadas con los comicios y abrir al voto popular la elección del alcalde de la Ciudad de México, además de crear para ésta una Asamblea Legislativa que, sin tener todas las atribuciones de un congreso soberano, se convirtió en el órgano de representación de la capital.

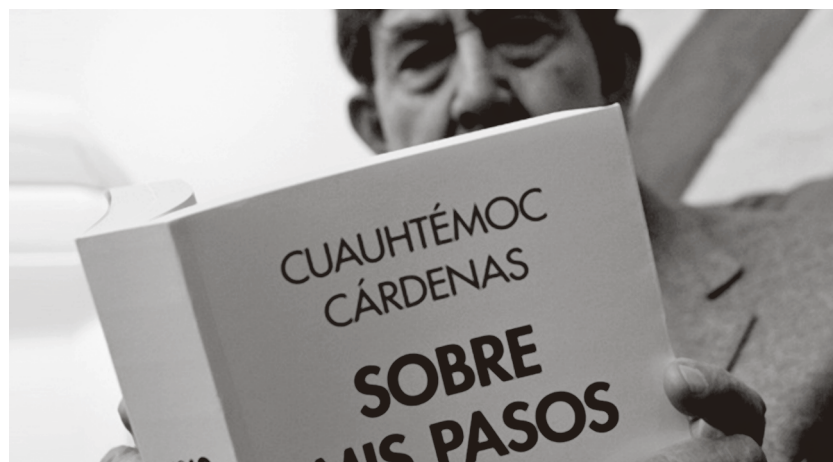
Aunque en sus memorias considere que la transición pactada no era el camino adecuado para presionar a favor de “un cambio político y económico profundo”,³⁴ lo cierto es que el propio Cárdenas fue un beneficiario destacado de la transición, toda vez que en 1997, gracias a la reforma electoral y a la reforma política del DF, se convirtió en el primer Jefe de Gobierno electo por los ciudadanos de la Ciudad de México, con lo cual pudo catapultar nuevamente su carrera política tras el tercer lugar que obtuvo en las elecciones presidenciales de 1994.

En páginas subsecuentes, Cárdenas hace una narración de la situación en que recibió la administración pública del otrora Departamento del Distrito Federal y los avatares de los dos años en que aproximadamente encabezó el gobierno de la capital. En el relato de esos días y de los posteriores en que debió separarse del Gobierno del Distrito Federal para emprender su tercera campaña presidencial, el lector podrá encontrar algunas claves de interpretación del distanciamiento de Cárdenas hacia Andrés Manuel López Obrador, que parece haberse gestado en distintos momentos: cuando éste dirigía al PRD y Cárdenas era candidato a Jefe de Gobierno, cuando ambos eran candidatos —uno a la presidencia y el otro al GDF— y también cuando AMLO ocupaba la jefatura de Gobierno y se abrieron procedimientos de investigación a personajes vinculados a la administración que en sustitución de Cárdenas encabezó Rosario Robles.

ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR Y EL 2006

Como respuesta a una entrevista que Elena Poniatowska concedió al diario *La Jornada* en septiembre de 2006, en la cual ella imputó a Cárdenas que “se echó para atrás” al no apoyar a AMLO y que con ello contribuyó a que la Coalición Por el Bien de Todos no ganara la elección, Cárdenas envió una carta pública a la escritora en la que señala que a pesar de que:

Con Andrés he compartido por años propósitos y episodios importantes de la lucha por la democracia en nuestro país [...] Las diferencias que existen entre ambos son



relativas a las formas de hacer y entender la política y sobre algunos aspectos programáticos.³⁵

A continuación, Cárdenas enlista las diferencias específicas que en aquel momento sostenía con AMLO, motivadas principalmente por el hecho de que el tabasqueño no adoptara “posiciones claras y públicas respecto a cuestiones importantes”.³⁶

De la contestación de Cárdenas a Poniatowska y de otra que dio a la publicación de un libro de Enrique Semo, se pueden desprender algunas máximas que, a juicio de Cárdenas, debe observar todo candidato presidencial en campaña, si no es que los políticos en general. Llegado este punto, *Sobre mis pasos* parece admitir —como *Rayuela*, de Julio Cortázar— una lectura invertida, de fin a principio, de acuerdo con la cual convendría leer primero la recta final del libro, donde Cárdenas expone cómo se debe proceder en la vida política, y luego leer todo el libro desde sus primeras páginas, para que así el lector esté en condiciones de evaluar si la trayectoria política de Cárdenas se ajusta o no, o en qué grado, a las exigencias que él mismo impone al final del libro como cánones de valoración de la conducta pública.

En otro libro autobiográfico, su autor, un intelectual mexicano, lamentaba a mediados de los años setenta la ausencia, salvo excepciones, de libros de memorias de políticos mexicanos.³⁷ Casi treinta y cinco años después de que Daniel Cosío Villegas formulara aquel extrañamiento, Cuauhtémoc Cárdenas, en *Sobre mis pasos*, ofrece con honestidad y con claridad expositiva, una decidida contribución a revertir esa infecundidad del género autobiográfico en la política mexicana. ▢

³⁵ *Ibidem*, p. 561.

³⁶ *Ibidem*, p. 563.

³⁷ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976.

³⁴ *Idem*.

Cuauhtémoc Cárdenas, *Sobre mis pasos*, Aguilar, México, 2010, 624 pp.